

Hacia una historia del psicoanálisis

Francisco de Asís Blas Aritio

*Departamento de Psicología General.
Facultad de Psicología.
Universidad Complutense de Madrid.*

INTRODUCCION

El psicoanálisis es, sin duda, uno de los fenómenos culturales más destacados de nuestro siglo. Ya el propio Freud, en su *Esquema del psicoanálisis* (Freud 1968, vol. II), atribuyó al concepto «psicoanálisis» tres significados diferentes, si bien complementarios: un método de investigación psicológica; un método terapéutico; y una teoría que contiene una serie de conocimientos psicológicos adquiridos por este método, que van constituyendo paulatinamente una disciplina científica. Freud se quedó ciertamente corto. El psicoanálisis significa mucho más que una teoría y un método clínico. Constituye una auténtica nueva cultura, una nueva forma de interpretar la realidad y de conocer al hombre. Su dimensión heurística ha sido aprovechada por la psicología, por la pedagogía, por la sociología, por la antropología, por el arte, por la literatura..., y hasta por la publicidad. La vulgarización de algunos de sus conceptos forman ya parte del patrimonio lingüístico de la cultura occidental. Asimismo, el psicoanálisis —ya desde tiempos de Freud— se fue configurando como una

«profesión institucionalizada», como una sociedad peculiar, regida por las normas de supervivencia comunes a toda organización (ritos de iniciación, períodos de prueba para el ingreso, exigencia de fidelidad a los principios o dogmas establecidos, sanciones a los heréticos, etcétera...) y sometida a los inevitables cismas y escisiones que sufre toda organización en su período de maduración. El psicoanálisis, en fin, constituye también toda una utopía cultural, que ofrece al hombre el camino de la felicidad o, al menos, los instrumentos necesarios para evitar el sufrimiento.

Con independencia de su estatuto epistemológico, el psicoanálisis —como fenómeno cultural— se halla más acá y más allá del estricto fenómeno científico propiamente dicho. Por ello, su análisis histórico no queda agotado con la mera aplicación de las categorías de la historiografía de la ciencia. La comprensión histórica del psicoanálisis exige un tratamiento plural, cuyos enfoques iluminen las diferentes perspectivas históricas —así como su mutua interrelación— que han venido ilustrando su peculiar entidad. Dicha pluralidad de enfoques se observa en las numerosas his-

torias del psicoanálisis publicadas hasta nuestros días: los diferentes perfiles que manifiestan unas u otras «historias» del psicoanálisis obedecen a la acentuación y énfasis concedidos a alguno de estos enfoques, en detrimento de los demás. Se hace, por tanto, necesario definir en forma sistemática los principales enfoques históricos de los que es susceptible el fenómeno psicoanalítico, señalar los intereses temáticos de cada uno de ellos y dibujar la perspectiva donde ha de tener lugar su encuentro teórico.

Algunas de estas tareas se intentan abordar en este trabajo: en primer lugar, se pretende ordenar los más destacados tratamientos históricos del psicoanálisis, sin que ello suponga —por supuesto— considerar agotado el tema. En segundo lugar, se procede también a enunciar los principales temas y problemas que incluye cada uno de los respectivos enfoques históricos. Finalmente, se ofrece una selección de fuentes bibliográficas relativas a cada enfoque. Dada la enorme cantidad de literatura psicoanalítica (en 1971, A. Grinstein había reunido 14 volúmenes en su *Index of psychoanalytic writings*), es obligado realizar una selección de la misma. La selección que aquí se presenta intenta responder a la combinación de tres criterios: el mantenimiento de las obras claves clásicas, el carácter contemporáneo de las fuentes y el acceso a las mismas a través de las bibliotecas y hemerotecas universitarias.

EL ENFOQUE ANALITICO-BIOGRAFICO

Historiar el psicoanálisis es una tarea compleja que ha de resultar de la confluencia de distintas perspectivas históricas, no siendo la menos importante de ellas la «biográfica». Existe entre los psicoanalistas una comúnmente aceptada opinión acerca de la estrecha relación entre la evolución de los conceptos y teorías psicoanalíticas y las biografías de sus creadores: implícita o explícitamente,

te, numerosos historiadores del psicoanálisis (Jones, 1953-57; Thompson, 1950; Reik, 1965; Alexander *et al.*, 1966; Roazen, 1973-1978; Anzieu, 1975; Robert, 1978; Clark, 1980...) se han interesado en destacar este fenómeno. Resulta singular, además, apreciar que las biografías de los teóricos del psicoanálisis presentan un marcado carácter «analítico».

En efecto, la historia del psicoanálisis —desde el enfoque analítico-biográfico— sugiere que la evolución y el desarrollo de los conceptos y teorías psicoanalíticas obedecía, no sólo a una supuesta lógica interna, sino también y sobre todo a una compleja e irracional dinámica afectiva, que se fue creando entre los miembros de la inicialmente reducida familia psicoanalítica. Con mayor claridad que en otras disciplinas, la evolución inicial del psicoanálisis pone de relieve que su curso responde, más que a «normativas lógicas», «desarrollos normales» o «programas de investigación evaluados por la falsación», a un conjunto de intereses y conflictos de índole generalmente afectiva: las fidelidades, los celos, las dependencias, las defensas, las relaciones paterno-filiales, las culpabilidades, las agresiones, las rebeliones contra la autoridad, las sumisiones, las rupturas, los desengaños, etc., parecen ser los auténticos dinamismos que subyacen en la creación teórica. (Aunque este fenómeno resalta de forma más pronunciada en la primera época —inevitadamente asociada a la polémica personalidad de Freud—, no ha dejado de producirse tras la muerte del fundador del psicoanálisis: baste citar, como ejemplos ilustrativos, el cisma de la «Academia del Psicoanálisis» de Chicago —de enfoque culturalista— iniciado en los años 40 y consumado en 1956; o la escisión en 1952 entre la lacaniana Escuela Freudiana de París y la Sociedad Psicoanalítica Francesa.) Es desde esta perspectiva analítico-biográfica desde donde la historia del psicoanálisis se resiste a ser interpretada exclusivamente por las categorías de la historiografía de la ciencia.

La legitimidad o ilegitimidad de una nueva teoría, de una nueva incorporación conceptual o metodológica, no va a depender tanto de su validez intrínseca, de su grado de aplicabilidad o de su correspondencia con las expectativas teóricas creadas por los anteriores conceptos, sino de la correlación de fuerzas afectivas que existan en un momento dado.

Así, por ejemplo, las veleidades de Jung, denunciadas ya en 1909 por Abraham y Jones, van a ser toleradas por Freud, quien ha depositado en él la esperanza de convertirlo en el apóstol del psicoanálisis ante el mundo gentil; sin embargo, años más tarde (1914), el propio Freud no dudó en criticar implacablemente lo que años antes había considerado una aportación enriquecedora (cfr. *Historia del movimiento psicoanalítico*, 1914). Del mismo modo, mientras Adler fue expulsado (1911) por reivindicar una mayor atención al significado del «yo», años más tarde Freud retoma el tema (en *El yo y el ello*, 1923) y a finales de los años 30 acoge satisfactoriamente la psicología precursora del «yo» de Paul Federn. Si bien es cierto que Stekel apoyó en cierta medida la postura independiente —ya que no la teórica— de Adler, parece que su expulsión también estuvo motivada en no pequeño grado por su enfrentamiento con Tausk, favorito entonces de Freud. Asimismo, si hubo razones para expulsar a Silberer en 1922 de la Sociedad Psicoanalítica, había muchas más para hacerlo con Sandor Ferenczi; y, sin embargo, durante nueve años (1924-1933) Freud evitó romper con él; su muerte (1933) liberó a Freud de tener que asumir esta dolorosa decisión...

Podían seguir citándose multitud de anécdotas acerca de esta complicada madeja de pasiones y afectos que, de hecho, estaban vehiculando el devenir de algo que aspiraba a ser una disciplina científica (Roazen, 1978). Los principales biógrafos de Freud no han tenido reparo alguno en destacar la trama afectiva que soportó el nacimiento y crecimiento

del psicoanálisis. Siendo la mayoría de ellos también psicoanalistas, han adoptado una posición coherente con la doctrina teórica que profesan: han realizado una historia «psicoanalítica» del psicoanálisis, remitiendo el origen de muchos conflictos teóricos y metodológicos a los conflictos personales. En este sentido, la historia analítico-biográfica del psicoanálisis se nos ofrece como un auténtico y complejo caso clínico (en el que una colectividad desempeña el papel de «individuo»), cuyo desciframiento sólo es posible utilizando los propios términos psicoanalíticos. Al menos, ésta ha sido la intencionalidad —latente o manifiesta— de quienes han desarrollado este enfoque.

No es escaso el interés que ofrece este tratamiento, ni tampoco es casual que haya sido el adoptado con más frecuencia en las historias del psicoanálisis. Entre otros aspectos, este enfoque pone de relieve el carácter «atípico» de la disciplina psicoanalítica, la cual se erige simultáneamente en sujeto y parte de su evaluación histórica. Asimismo, corrobora la intuición básica de aquellos filósofos e historiadores de la ciencia (Kuhn, Hanson, Feyerabend, Toulmin, Achinstein...) que se opusieron a la rigidez logicista del modelo neopositivista-lógico: el psicoanálisis es una de las disciplinas donde más claramente se patentiza que el desarrollo, cambio, rectificación o incorporación de las teorías no responde meramente a la lógica interna de las mismas, sino también a las predisposiciones subjetivas de los teóricos y a motivaciones de índole extra o paracientífica (la «sociopsicología de la ciencia» kuhniiana encontraría aquí una expresión radicalizada, al quedar reducida a «psicoanálisis de la ciencia»). En cualquier caso, sea cual sea la orientación historiográfica que asuma en el futuro la historia del psicoanálisis, ésta ya nunca podrá hacerse sin una obligada referencia biográfica a sus protagonistas. Aun admitiendo el alto grado de exageración que revisten ciertas interpretaciones analíticas de la historia del

psicoanálisis, es incontestable que la obra, tanto de Freud como de sus más destacados seguidores, se halla estrechamente vinculada a la evolución de sus vidas.

Sin embargo, el historiador del psicoanálisis tampoco debe resignarse a aceptar el discurso histórico de los propios psicoanalistas —iniciado por el propio Freud en su *Historia del movimiento psicoanalítico*, 1914— como el único discurso histórico posible. Son evidentes los intereses personales y profesionales encubiertos tras dicho discurso. Pero ello tampoco ha de significar su total rechazo. Habrá, pues, que completar la propia versión de los psicoanalistas sobre su historia con el análisis de otros factores —no estrictamente subjetivos— que también cooperaron decisivamente a configurar la implantación y el desarrollo de uno de los fenómenos culturales más influyentes de nuestra época. Lo contrario —limitarse a la historia «psicoanalítica» del psicoanálisis— sería incurrir en un ya trasnochado psicologismo historicista.

Por lo que respecta a las fuentes bibliográficas, hay que destacar, en primer lugar, los trabajos pioneros del propio Freud —*Historia del movimiento psicoanalítico* (1914) y *Autobiografía* (1924)— que, si bien resultan claramente incompletos debido a su fecha de publicación, son el verdadero punto de partida de este original enfoque, al que se conservarán fieles los historiadores psicoanalistas. La obra capital de este enfoque es, sin duda alguna, la de E. Jones (1953-57), *The life and work of Sigmund Freud* (3 vols.), en la que confluyen de forma singular, tanto los valores heurísticos que ofrece la perspectiva analítico-biográfica, como sus inevitables limitaciones: por una parte, Jones ha sabido relacionar con genial agudeza los diversos períodos de la vida privada de Freud con los períodos de su producción teórica; pero, por otra parte, Jones no ha ocultado su clara toma de posición «ortodoxa» —en ocasiones, próxima a la mistificación— a favor del fun-

dador del psicoanálisis. Corresponden también a este enfoque, aunque ciertamente en un tono menos apasionado, los trabajos —entre otros— de Robert (1978), Roazen (1978), Freeman (1963), Schur (1972), Alexander y otros (1966), Anzieu (1975), Brown (1963), Clark (1980), Reik (1965)...

Junto a estas personales versiones analítico-biográficas del desarrollo del psicoanálisis, el principal documento histórico que da cuerpo a este enfoque es la numerosa correspondencia escrita que mantuvo Freud con amigos y colaboradores a lo largo de su vida: cartas a Fliess (Freud, 1954), a Jung (Freud - Jung, 1974; Van der Leeuw, 1977), a Lou Andreas-Salomé (Freud-Andreas Salomé, 1972), a Tausk (Roazen, 1973), a Abraham (Abraham-Freud, 1966), a Pfister (Freud-Pfister, 1963), a Putnam (Putnam, 1971), a Jones (Jones, 1953-1957), a Zweig (Freud, 1974)... Este insustituible material histórico, en ocasiones —como en el caso de las cartas a Fliess— milagrosamente conservado, suministra numerosas claves históricas para comprender la génesis y el posterior desarrollo del campo teórico del psicoanálisis.

EL ENFOQUE SOCIO-CULTURAL

Si el tratamiento analítico-biográfico del desarrollo del psicoanálisis aporta valiosos instrumentos teóricos para realizar su historia, en ningún modo los agota. Como fenómeno cultural, el psicoanálisis debe ser situado históricamente: ¿sobre qué raíces socio-culturales hunde el psicoanálisis su aparición histórica?; ¿qué contexto socio-cultural soportó el mantenimiento de esta disciplina a lo largo de todo el siglo xx?; ¿qué valores ideológicos contribuyeron al éxito popular de las ideas psicoanalíticas?; ¿qué «culturas» contemporáneas acudieron al encuentro del psicoanálisis y establecieron con él vínculos ideológicos?... Estas y otras preguntas similares afec-

tan al interés del historiador del psicoanálisis. Si se acepta que el psicoanálisis es algo más que una pretendida disciplina científica, su historia debe incluir necesariamente la respuesta a estos interrogantes. Dado el polémico estatuto epistemológico de la teoría psicoanalítica (y su consiguiente relación conflictiva con un sector mayoritario de la psicología académica, de la que Freud siempre esperó un reconocimiento), sólo la comprensión histórica de su carácter socio-cultural permitirá ofrecer algunas luces sobre su permanente vigencia en la escena psicológica.

Si las variables socio-culturales son insustituibles a la hora de ubicar históricamente el nacimiento de una disciplina teórica, esta exigencia se hace también extensible —en el caso del psicoanálisis— a su progreso histórico. En efecto, qué duda cabe que importantes desarrollos del paradigma freudiano (como el psicoanálisis del yo, el revisionismo psicoanalítico de corte culturalista o el freudo-marxismo en cualquiera de sus versiones —por citar ejemplos suficientemente conocidos) no son sino las resultantes de la penetración del psicoanálisis en sociedades y culturas específicas. Que ello haya supuesto una desvirtuación del psicoanálisis original, constituye otro problema —a pesar de los lacanianos. Lo que es históricamente incontestable es su relativa implantación y su indisoluble pertenencia al campo psicoanalítico.

(Resulta ocioso pretender establecer una jerarquía de importancias respecto a los diversos tratamientos que exige la historia del psicoanálisis. El tratamiento «socio-cultural» no es ni más ni menos importante que el «analítico-biográfico». Es igualmente necesario. Posee su relativa autonomía y a la vez forma parte insustituible de ese complejo rompecabezas que sirve de instrumento teórico-metodológico para historiar el psicoanálisis.)

Son numerosos los temas y problemas que incluye este enfoque, al que se ha calificado genéricamente como «socio-

cultural». En primer lugar, si bien la personalidad psicológica de Freud (enfoque analítico-biográfico) constituye un objeto de interés histórico, por semejantes razones históricas también su personalidad social (Roazen, 1972), que expresa el marco ideológico-cultural en cuyo seno tiene lugar la teoría psicoanalítica, merece una atención destacada. Poner de relieve el trasfondo ideológico-cultural en el que Freud formó y desarrolló su pensamiento iluminará el origen y significado meta-teórico de algunos conceptos y teorías psicoanalíticas. Así, por ejemplo, y aunque parezca paradójico, la nunca ocultada (el *Moisés*, de Freud) —pero sí matizada (Bakan, 1958; Robert, 1977)— fidelidad de Freud a la tradición judía, así como su moralismo (Reiff, 1959) o su puritanismo victoriano (Leahey, 1980), son claves decisivas para comprender la obstinación de Freud en proseguir, aunque fuera en solitario, la aventura psicoanalítica.

Un segundo capítulo importante, que también afecta al interés del enfoque socio-cultural, es el derivado de la hermenéutica cultural de índole psicoanalítica. Iniciado por el propio Freud en su espléndido *El malestar en la cultura* (1929), y proseguido por su discípulo Abraham (1968), este capítulo relativo al diagnóstico y terapéutica del fenómeno cultural ha provocado el interés de sociólogos y teóricos de la cultura (Jackson, 1968; Marcuse, 1968; Adorno-Dirks, 1968; Fromm, 1966...). La atención prestada a las sugerentes tesis psicoanalíticas por autores o escuelas de reconocida talla intelectual (recuérdese, por ejemplo, el papel desempeñado por la Escuela de Frankfurt) ha contribuido a apuntalar la credibilidad teórica y, en consecuencia, la validez epistemológica del psicoanálisis. La creciente sensibilidad de nuestra sociedad contemporánea ante el supuesto estado enfermo de nuestra cultura es otro factor más que permite comprender la peculiar vigencia histórica del psicoanálisis.

Pero, sin duda, el aspecto más desta-

cado al que debe hacer referencia este tratamiento histórico es el de las relaciones del psicoanálisis con las numerosas disciplinas que registran el estado actual de una cultura; en concreto, con la literatura, el arte, y las ciencias sociales y políticas. El análisis de estas relaciones, no sólo abunda en la explicación de la permanente actualidad y continuado interés que suscitan las tesis psicoanalíticas (tal y como hace un momento se acaba de señalar), sino que permite, sobre todo, situar el origen de numerosos desarrollos teóricos del psicoanálisis. Fue el propio Freud (*Múltiple interés del psicoanálisis*, 1913) —una vez más— quien abrió el camino a las relaciones del psicoanálisis con otras disciplinas no psicológicas: sus estudios sobre la obra de Miguel Ángel, de Leonardo, de Goethe, de Dostoyevsky; su relectura analítica de la *Gradiva*; su polémico *El porvenir de una ilusión...* son claros ejemplos del interés freudiano por rebasar los confines estrictamente psicológicos. Desde entonces y hasta la actualidad, el psicoanálisis ha tomado contacto con numerosas disciplinas: en algunas ocasiones para incorporar heurísticamente su singular interpretación de la realidad, como es el caso de la literatura (Holland, 1966; Meyer, 1964; Jackson, 1968; Groddeck, 1975; Ruitenbeck, 1975; Clancier, 1976; Kligerman, 1970...), del arte (Philips, 1957; Wangh, 1957; Peters, 1961; Kris, 1964; Groddeck, 1975...), de la pedagogía (A. Freud, 1966; Barande, 1973...), de la sociología (Parsons, 1961; Vallenstein-Smelser, 1969; Ruitenbeck, 1973...), de la antropología (Roheim, 1959; Labarre, 1961; Wyss, 1971...), de la ética (Fromm, 1963...), etc.; en otras ocasiones, como objeto de reflexión y análisis de su identidad, como es el caso de la filosofía (Ricoeur, 1970; Wolheim, 1974...) o de la teoría general de sistemas (Levenson, 1978); por fin, en otras, como lugar de convergencia de intereses mutuos, como es el caso de la lingüística (Liowitz, 1977), de la filosofía existencialista (Coltrera, 1962;

Ruitenbeck, 1965; Varios, 1972...), del estructuralismo (Safouan, 1968; Varios, 1970...), de la fenomenología (Ceriotto, 1969), del marxismo (Reich, 1977; Ruzitchner, 1972; Castilla del Pino, 1971; Tort, 1973; Hornstein, 1973; Caparrós, 1975; Turkle, 1978...), etc.

El tratamiento histórico del contexto y dimensiones socio-culturales del psicoanálisis permite neutralizar las exageraciones «psicologistas» que han pretendido reducir la historia del psicoanálisis a la personalidad genial de su fundador. Por otra parte, desautoriza la falsa imagen de «rechazo y persecución» con la que algunos psicoanalistas —incluido el mismo Freud— han presentado a veces el *status* social de su disciplina. Si bien no siempre ha sido reconocido en determinados círculos de la psicología y de la psiquiatría académicas, el psicoanálisis —les guste o no a los psicoanalistas— ha sido favorablemente acogido por la cultura contemporánea (con independencia de que ello constituya un acierto o un error).

EL ENFOQUE INSTITUCIONAL - PROFESIONAL

Sin dejar de postular una única historia de la ciencia, Toulmin (1972) alude a las dos tareas —interdependientes e intrínsecamente relacionadas— que tiene que realizar toda historia de una ciencia: junto a la historia disciplinaria o intelectual o interna (cómo han sido y son los conceptos y teorías de una disciplina; por qué procedimientos, técnicas, métodos... se ha llegado a su elaboración o, en su caso, a su abandono), Toulmin habla de la historia profesional o sociológica o externa (cómo han ido modificándose las actividades de los científicos individuales, de los grupos científicos; cómo ciertas comunidades científicas adquirieron autoridad en un momento dado o, en su caso, la perdieron).

Como se pretende justificar en este trabajo, la historia del psicoanálisis —debido a su peculiar *status*— exige más

de dos tareas (por supuesto, interdependientes e intrínsecamente relacionadas), entre las cuales se hallan incluidas las dos a las que hace referencia Toulmin. En este epígrafe se destacará la segunda, esto es, la historia profesional (sociológica o externa).

En efecto, toda disciplina ideológica —sea o no científica— necesita para sobrevivir unos aparatos institucionales que protejan su identidad, que garanticen su divulgación y que posibiliten su crecimiento. Por otro lado, necesita insertarse en el colectivo social y mantener con éste unas determinadas relaciones «profesionales» que faciliten el reconocimiento de sus funciones y, en consecuencia, materialicen su aceptación social. El psicoanálisis no es ninguna excepción a esta regla: transcurrida la fase de la investigación solitaria de Freud —que se confunde con el período más importante de su autoanálisis (1895-1900)—, en los primeros años de este siglo tienen lugar en la casa de Freud una serie de encuentros con sus primeros discípulos (Reitler, Kahane, Stekel, Adler, Rank...) que recibirán el nombre de «seminarios de los miércoles». A partir de este momento el proceso de institucionalización del psicoanálisis será ya imparable: Sociedad Psicoanalítica de Viena (1907); Sociedades Psicoanalíticas en Alemania (Abraham), en Suiza (Jung y Eitingon), en Inglaterra (Jones), en los EE. UU. (Brill), en Hungría (Ferenczi)...; Sociedad Internacional de Psicoanálisis (1910); Congresos de Salzburgo (1908), Nuremberg (1910), Weimar (1911), Munich (1913), Budapest (1918)...; fundación del «Jahrbuch» (1909), de «Imago» (1912)...; creación del «Comité» (1912)...; Fine (1979) informa que en 1977 existían las siguientes Sociedades Psicoanalíticas (supuestamente «ortodoxas», es decir, reconocidas por la Sociedad Internacional de Psicoanálisis): una en los EE. UU., otras dos en América del Norte (Canadá y México), nueve en América del Sur, catorce en Europa, tres en Asia, una en Australia y tres grupos de estudio (dos

en Europa y uno en Argentina). A esta lista habría que añadir la numerosa proliferación de grupos, asociaciones, institutos, escuelas y sociedades psicoanalíticas «heterodoxos». La institucionalización del psicoanálisis es un hecho incontestable, cuya complejidad no puede ser eludida por el historiador del psicoanálisis.

Como institución-profesión (Henry, 1971, 1973; Ritvo, 1971; Wadeson, 1975...), el psicoanálisis se rige —al igual que cualquier otra organización o sociedad— por una lógica más sociológica que científica. Aunque las organizaciones científicas se constituyan al servicio de la ciencia, acaban sirviendo más a sus propios intereses de autorreproducción y supervivencia que a los específicamente científicos. La existencia de grupos de presión y de luchas por el poder institucional de las organizaciones científicas —sean o no éstas académicas— es un hecho común a todas las sociedades científicas. En consecuencia, el devenir histórico de las organizaciones y aparatos institucionales del saber exige un tratamiento relativamente independiente, cuyos instrumentos de análisis no se hallan en el desarrollo disciplinar-teórico-interno de dicho saber, sino en causas sociológicas-externas. Por otra parte, es evidente que no resulta indiferente para el desarrollo disciplinar interno la forma que adquiera la historia profesional externa: como aparatos institucionales que vehiculan los contenidos internos de una disciplina, las organizaciones y sociedades del saber son decisivas en relación al rumbo y dirección que éste adopta.

Respecto al caso específico del psicoanálisis, pueden diferenciarse dos dimensiones en su historia institucional-profesional: por un lado, su difusión e implantación en el exterior; por otro lado, la consolidación institucional interna de la Sociedad Psicoanalítica. Esta última dimensión está estrechamente vinculada con el conflictivo problema del «análisis profano», que obligó a Freud a pronunciarse públicamente (*Apéndice a la dis-*

cusión sobre el análisis profano, 1927) a favor del mismo y en defensa de su discípulo y amigo Th. Reik (que no era médico), frente a la opinión generalizada de los psicoanalistas norteamericanos (a pesar de Freud, en el Congreso de París de 1938 los norteamericanos plantearon —y acabaron imponiendo por la fuerza de los hechos, tras la Segunda Guerra Mundial— su independencia administrativa e institucional de la Sociedad Psicoanalítica Internacional, con lo que a partir de entonces las funciones de ésta fueron, de hecho, reduciéndose a la organización de congresos científicos periódicos; el poder administrativo e institucional fue desplazándose progresivamente a las sociedades psicoanalíticas «nacionales»); pero, sobre todo, está estrechamente vinculada con el no menos conflictivo problema de la formación de candidatos. ¿Quién puede ser psicoanalista?; ¿cómo se ingresa en la familia psicoanalítica?; ¿quién decide sobre la aptitud de los candidatos?; ¿qué normas regulan el acceso de los mismos?... No es necesario insistir en la importancia de esta tarea a lo largo de la historia del psicoanálisis, pues en ella se ponían en juego las formas de autorreproducción de la estructura institucional y, en consecuencia, la propia supervivencia del psicoanálisis. Tampoco parece necesario señalar nuevamente los intereses, no estrictamente científicos, sino sobre todo sociológicos, que subyacían a su resolución.

A pesar de la relativamente temprana fundación de la primera escuela de formación de psicoanalistas —el Instituto Psicoanalítico de Berlín (1920), dirigido por Abraham, quien desde el primer momento reguló las tres fases del «training» psicoanalítico (formación teórica, psicoanálisis didáctico, y psicoanálisis dirigido por el candidato y supervisado por un miembro de la Sociedad Internacional)—, el problema de la formación de candidatos no ha quedado, ni mucho menos, resuelto en la historia del psicoanálisis. Como señala Arlow (1972) —refiriéndose a la Sociedad Psicoanalítica

Americana—, al menos se han producido media docena de escisiones a causa del eterno problema de la formación de candidatos. Durante la década de los setenta ha crecido la conciencia crítica acerca de la formación de los analistas, como lo demuestran —entre otros— los trabajos de Pollock (1972), McLaughlin (1973), Shapiro y Sachs (1976), Lifschutz (1976), Goodman (1977), Goldensohn (1977), etc...

La otra dimensión de la historia institucional-profesional del psicoanálisis se refiere a su progresiva implantación y extensión. Aunque Freud no logró convertir a Jung en su «apóstol de los gentiles», pudo comprobar antes de su muerte que el objetivo de universalizar el psicoanálisis, rebasando los marcos de la cultura hebrea, había sido satisfecho con creces. Como, a su modo, le sucedió a la psicología experimental, el psicoanálisis acabó teniendo su mayor auditorio en los EE. UU. (sin duda, la emigración de intelectuales que provocó el período nazi no fue un hecho ajeno a este fenómeno), si bien en Europa se mantuvo siempre un núcleo importante de psicoanalistas que garantizaron su desarrollo sobre todo en Inglaterra, Francia e Italia; posteriormente, el psicoanálisis se extendió también a Latinoamérica y Asia.

Las modalidades concretas que asumió el psicoanálisis en cada uno de los países, las normas institucionales «nacionales» (recuérdese que a partir de la Segunda Guerra Mundial la Sociedad Internacional de Psicoanálisis fue perdiendo poder institucional en favor de las Sociedades Psicoanalíticas «nacionales»), los propios conflictos internos originados en cada país (liberales frente a conservadores, ortodoxos frente a heterodoxos) y las secuelas derivadas de ellos (escisiones, creación de nuevas escuelas o institutos...) ... forman también parte de la historia institucional-profesional del psicoanálisis. Por su importancia cuantitativa, ha sido la historia del psicoanálisis norteamericano la más estudiada (Obendorf, 1953; Gitelson,

1964; Hale, 1971; Carlson - Quen, 1978...); otras historias de psicoanálisis nacionales son las de Alemania (Thoma, 1969; Spiegel, 1975; Decker, 1977, 1978...), Inglaterra (Bibring, 1953; Glover, 1966...), Francia (Barande-Barande, 1975), etc...

Pertenece también al enfoque «institucional-profesional» (aunque asimismo sea objeto de interés del enfoque «teórico», que será tratado más adelante) el análisis de las diferentes escuelas psicoanalíticas. Si durante la vida de Freud la frontera entre la ortodoxia y la heterodoxia quedaba de alguna forma definida por el juicio del fundador del psicoanálisis, a su muerte nadie fue capaz de heredar su autoridad disciplinar. Las diferentes lecturas que se han realizado desde entonces sobre «lo que dijo» o sobre «lo que quiso decir» Freud han dado lugar a otras tantas escuelas o corrientes del pensamiento psicoanalítico, compitiendo todas ellas en reivindicar como suyo el genuino espíritu freudiano. Por otro lado, desde Adler y Jung se han desarrollado asimismo enfoques teóricos que confiesan su inspiración psicoanalítica, pero que han optado voluntariamente por desarrollos heterodoxos: también ellos forman parte del paradigma psicoanalítico y, en consecuencia, son también objeto de interés de la historia del psicoanálisis. Por supuesto, el tratamiento del abanico de escuelas psicoanalíticas desde la perspectiva institucional-profesional debe referirse únicamente a sus aspectos organizativos y sociológicos (sus aparatos institucionales, sus normas de auto-regulación, sus órganos de expresión, su implantación...), quedando reservado al enfoque «teórico» el análisis de sus diferencias teóricas y conceptuales. En este sentido, junto a las conocidas obras clásicas de Munroe (1955), Alexander (1961), Alexander y otros (1966) y Wyss (1966), merece la pena reseñar los trabajos más recientes de Fages (1976) y D'Amore (1978).

Finalmente, hay que aludir a un tema de mutuo interés para la historia del psicoanálisis y para la historia de la psi-

cología: el de las irregulares relaciones entre el psicoanálisis institucional y la asimismo institucional psicología académica. Posiblemente a causa del irresuelto problema de la identidad epistemológica de la psicología, lo cierto es que por lo general la psicología académica ha oscilado en sus relaciones con el psicoanálisis desde posiciones de ignorancia y resuelto desprecio hasta posiciones más moderadas, pero todavía distantes. En contadas ocasiones se ha producido un esfuerzo por incorporar explícitamente a la psicología académica algunas concepciones teóricas del psicoanálisis (como ejemplo más notable destaca la escuela hullaiana y, sobre todo, los trabajos de Dollard y Miller, 1939). Tampoco el ejemplo de la Universidad de Budapest —al adjudicar una cátedra a Ferenczi— ha sido frecuentemente imitado por las instituciones académicas: por el contrario, las autoridades de la psicología académica institucional (más en los países anglosajones que en los latinos, lo cual a su vez constituye un interesante problema histórico a analizar) no parecen dispuestas a compartir sus cátedras con el psicoanálisis, ni le reconocen a éste un rango académico. Por otro lado, no es previsible que esta incomunicación institucional vaya a resolverse a corto plazo. Como señalan Shakow (1969) y Caparrós (1977, 1979), durante la primera mitad de siglo el psicoanálisis —frente a su ambigua rigurosidad metodológica— ofrecía una «densidad» psicológica y una proyección terapéutica, de las que carecía el rígido conductismo que dominaba la psicología académica de entonces: gracias a ello, en ciertos círculos académicos se conservaba un cierto interés y respeto por las tesis psicoanalíticas. Sin embargo, a partir de los años cincuenta, el crecimiento de las técnicas de modificación de conducta y el desarrollo de la terapia conductista, por un lado, y la recuperación de la densidad psicológica por los nuevos enfoques cognitivos, por otro, han provocado la pérdida de numerosos partidarios

del psicoanálisis en los ambientes académicos.

Y, a pesar de todo, nadie se atrevería a negar que el psicoanálisis ha influido en la psicología académica (Murphy, 1956; Rapaport-Shakow, 1964; Shakow, 1969, 1976). Por citar el ejemplo más ilustrativo, ahí está todo el capítulo de la «motivación» —en la obra de Piaget (Wolff, 1960), en la teoría de los sistemas de tensión de Lewin, en la teoría del impulso de Hull, en las teorías ya citadas de Dollard, Miller y Mowrer...—, cuyo desarrollo todavía no puede permanecer ajeno a las concepciones psicoanalíticas.

EL ENFOQUE EPISTEMOLOGICO

Como señala Fichant (1970), del mismo modo que la epistemología es inevitablemente histórica, la historia de la ciencia ha de ser necesariamente epistemológica. Efectivamente, la perspectiva epistemológica es inseparable de toda historia de las ciencias. En el caso del psicoanálisis es doblemente necesaria: primero, por ser una disciplina teórica que se pretende científica; segundo, por su ambiguo estatuto epistemológico.

La primera tarea que atañe a este tratamiento es el establecimiento de las influencias epistemológicas que sufrió el pensamiento de Freud durante el período de su formación intelectual. Los biógrafos de Freud coinciden en citar a Brentano, Brücke —e indirectamente Helmholtz—, Charcot y Breuer como los intelectuales más reconocidos y respetados por Freud. Shakow (1976) señala que la filosofía de la ciencia dominante durante el último tercio del siglo XIX en Centroeuropa venía expresada en el «programa de Helmholtz». El programa de Helmholtz, según Cranefield (1957), constaba de tres objetivos: *a*) establecer una posición antivitalista; *b*) proponer el uso de la observación y del experimento, y *c*) reducir la fisiología

a la física y la química. Es lógico suponer que Freud asumiera esta filosofía de la ciencia que se respiraba en los ambientes científicos que él frecuentaba (sobre todo en el período inmediatamente postuniversitario). Su colaboración en el laboratorio de Brücke (1876-1882) atestigua en favor de esta hipótesis. Por otra parte, se pueden reconocer en su «Proyecto de una psicología para neurólogos» (1895) numerosas resonancias helmholtzianas. Según Shakow, Freud fue fiel a Helmholtz no sólo en su concepción del «determinismo» psíquico, sino también en el uso de los «métodos observacionales» y en la posición antivitalista; por otro lado, aunque es evidente que sus métodos carecían del rigor del control experimental, como contrapartida no tuvo que limitar su objeto de estudio (a la percepción y a la sensación) como los experimentalistas, sino que se abrió a la «realidad psicológica». En efecto, Freud no tuvo reparo en afirmar explícitamente, en una carta a Zweig fechada en 1934, que las teorías psicoanalíticas son independientes de la verificación experimental (Freud-Zweig, 1974).

Sin embargo, reducir la epistemología freudiana a la síntesis de las influencias antes citadas o considerar la obra de Freud como una aplicación del «programa de Helmholtz» a la psicología (con más razones habría que reclamar este título para la psicología wundtiana), no sólo es una simplificación, sino sobre todo es un error de apreciación histórica. Freud, es cierto, fue hijo de su época y heredó de ésta algunas de sus concepciones epistemológicas, pero es indudable que el psicoanálisis introdujo innovaciones en este campo y que, en cualquier caso, sufrió a lo largo de su desarrollo importantes modificaciones en sus puntos de vista. El ejemplo más claro de estas modificaciones queda ilustrado por el propio *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Escrito en 1895, Freud se negó a publicarlo (apareció por primera vez publicado en 1950). ¿Por qué no quiso Freud acceder

a su publicación? ¿Por qué abandonó Freud el punto de referencia del *Proyecto* —el sistema nervioso— y lo sustituyó por una clara posición mentalista? ¿Qué razones obligaron al psicoanálisis a modificar su relativamente ortodoxa posición inicial —la psicofisiología del *Proyecto*— por su última posición especulativo-filosófica representada por la teoría del «Eros-Thanatos»? ¿Cómo, a pesar de la manifiesta evolución del psicoanálisis, Freud nunca se decidió a deshacerse del *Proyecto*? (existe constancia de, al menos, dos ocasiones en las que Freud destruyó toda su correspondencia y aquellos manuscritos que ya no eran de su interés). En estas cuestiones se encierra un importante problema histórico (¿confiaba Freud en la cientificidad del psicoanálisis?) todavía irresuelto, que pertenece al segundo capítulo de tareas relacionadas con el enfoque epistemológico: ¿qué modificaciones epistemológicas han tenido lugar en la historia del psicoanálisis?

Por fin, y como tercera tarea, este enfoque está obligado a dar cuenta del estatuto epistemológico del psicoanálisis. Desgraciadamente, a estas alturas —tras más de ochenta años de psicoanálisis— el problema de la cientificidad del psicoanálisis sigue provocando airadas polémicas. A los partidarios de un bando habría que decirles: «¿por qué después de ochenta años no habéis sido capaces de convencer del carácter científico del psicoanálisis?». A su vez, a los del otro bando habría que preguntarles: «¿por qué después de ochenta años seguís tan preocupados por demostrar que el psicoanálisis no es científico?». En definitiva, daría igual. La polémica no es tal: es más bien un auténtico diálogo de sordos, donde nadie —o casi nadie— convence al contrario. Ni siquiera la apelación a supuestos árbitros neutrales —estudios objetivos (el trabajo clásico de Sears, 1951), cuantitativos (Dahl, 1972) o de enfoque experimental (Silverman, 1967, 1970)— ha conseguido situar el problema de unas coordenadas evaluadoras aceptadas por todos. En este

sentido, la idea kuhniana acerca del comportamiento irracional de los científicos que abrazan paradigmas distintos y que, en consecuencia, no atienden a más argumentos que los suyos propios, parece cumplirse efectivamente en este caso. (Sea dicho de paso, por lo general los filósofos de la ciencia que han abordado el tema se muestran reacios a atribuir un carácter científico al psicoanálisis: para Popper [1972], las teorías psicoanalíticas no son falsables, por tanto no son científicas; ello no quiere decir que no sean útiles o que carezcan de significado. Kuhn [1970], por su parte, tampoco considera científicas a las teorías psicoanalíticas, pero no porque no sean verificables experimentalmente, sino porque carecen de una articulación suficiente y de reglas adecuadas para dirigir su desarrollo.)

Por lo demás, baste indicar que tanto a un lado como a otro las filas de partidarios a favor o en contra del carácter científico del psicoanálisis siguen engrosándose y autorreproduciendo conocidos argumentos de un signo o de otro. Véanse, entre otros, los trabajos de Skinner (1956), Farrell (1961), Eysenck (1966, 1972), Eysenck - Glenn (1980), Kline (1972), Levenson (1972), Rachman (1975), Steiner (1977), etc., que cuestionan el estatuto científico del psicoanálisis. Los trabajos de orientación opuesta no son menos numerosos: Rapaport (1959), Mazlish (1963), Madden (1966), Lacan (1966), Nassif (1968), Fine (1969), Sherwood (1969), Ziziemsky (1971), Legrand (1972), Althusser (1973), Braunstein y otros (1976), Kolteniuk Krauze (1976), Fisher-Greenberg (1977), etc...

Tampoco parecen haber contribuido a suavizar la polémica las «terceras vías» o posiciones de carácter más moderado, orientadas a señalar los límites y posibilidades epistemológicas del psicoanálisis, rehuyendo en todo momento un pronunciamiento radical sobre el carácter científico del psicoanálisis: trabajos de Hook (1969), Castilla del Pino

(1971), Levy-Valensy (1973), Feigl (1976), Ricoeur (1977), Mujeer-ur-Rahaman (1977), Kuiper (1979), Masling-Schwartz (1979), etc...

El historiador del psicoanálisis no debe suponer que su mediación en el conflicto va a resultar decisiva, entre otras cosas debido a las razones kuhnianas a las que antes se ha aludido. Sin embargo, no cabe duda que una perspectiva histórica «enfriará» un tanto el dramatismo y radicalidad con que a veces se presentan ciertos argumentos y —lo que es más importante— por ser precisamente una «perspectiva» no incurrirá en reiteraciones viejas y conocidas, encaminando la investigación hacia posibles lugares teóricos nuevos donde el diálogo y la comunicación científica empiecen a ser una realidad.

Al respecto, y para concluir este apartado, sólo una breve reseña acerca del reciente trabajo de Masling-Schwartz (1979), *A critique of research in psychoanalytic theory*, donde se sugieren algunos de esos posibles lugares teóricos nuevos. Según Masling y Schwartz, generalmente se confunde el verdadero carácter de los constructores teóricos del psicoanálisis (tanto por psicoanalistas como por experimentalistas). Las teorías psicoanalíticas no deben ser entendidas literalmente: una cosa son los modelos de personalidad y otra cosa las realidades a las que dichos modelos se refieren (una cosa es el «mapa» y otra cosa es el «paisaje real» al que dicho mapa representa). No es, por tanto, previsible que se produzca una alta correlación entre un experimento y una descripción psicoanalítica de la personalidad (igual que es muy difícil encontrar a una persona que sea idéntica a un carácter descrito en una novela). ¿Qué es, pues, verificable de la teoría psicoanalítica? Los modelos psicoanalíticos son como paradigmas holísticos que establecen regularidades generales en términos típicos. Su función es la de suministrar normas hipotéticas con las que pueden identificarse los casos individuales. Pero no deben ser considerados como «leyes» en

el sentido habitual de las ciencias naturales. Expresiones como «todo miedo se corresponde con un deseo primitivo que está reprimido» no deben considerarse como una «ley general», sino como una descripción singular de un solo caso. ¿Cómo verificar estas descripciones-observaciones? Intentando maximizar el ajuste entre la construcción de la realidad derivada de las observaciones analíticas y la construcción de la realidad derivada de los resultados experimentales. Por tanto, no se trata de verificar experimentalmente los paradigmas holísticos psicoanalíticos —derivados de observaciones clínicas—, pues no se encontrarían correlaciones con resultados experimentales; se trata más bien de aprovechar su dimensión heurística y plantearse los problemas experimentales que suscitan: hallar los resultados de éstos, inferir generalizaciones y contrastarlas con las psicoanalíticas. En consecuencia, los dos métodos —el clínico y el experimental— son complementarios más que excluyentes: cada uno verifica al otro.

EL ENFOQUE TEORICO

Hasta aquí se han propuesto una serie de perspectivas o enfoques (el analítico-biográfico, el socio-cultural, el institucional-profesional, el epistemológico) que se consideran insustituibles para realizar la historia del psicoanálisis y cuya entidad les hace merecedores de un tratamiento relativamente autónomo. Sin embargo, su último significado ha de quedar referido a lo que constituye el núcleo central de la historia del psicoanálisis: el análisis del desarrollo de las teorías y conceptos psicoanalíticos propiamente dichos. En última instancia, el objeto de la historia de una ciencia —y el psicoanálisis aspira a ser considerado como tal— es dar cuenta de la evolución, modificación y reorientación de los conceptos y métodos que forman su cuerpo teórico. Todo lo demás, o sirve a este objetivo, o es la historia de otra cosa.

Así, pues, las otras perspectivas históricas deben ser contempladas como instrumentos teóricos que iluminan el análisis de las causas históricas que explican el devenir teórico del psicoanálisis. Las biografías son importantes, sin duda; el análisis de la dinámica de las instituciones y escuelas también lo es...; pero lo que constituye la verdadera historia de una ciencia es su desarrollo disciplinar interno (Toulmin, 1972), el desarrollo de sus propuestas teóricas y metodológicas. En definitiva, el enfoque que aquí se define bajo el calificativo de «teórico» viene a confundirse con el objeto propiamente dicho de la historia del psicoanálisis, y en él deben confluír los resultados procedentes de los demás enfoques.

Sin embargo, sorprende comprobar la generalizada insuficiencia —por no hablar de ausencia— de este tratamiento. Es cierto que la presentación sistemática de las teorías psicoanalíticas constituye un material importante al servicio de este enfoque; en este sentido, ha de reconocerse que los trabajos en este campo son numerosos: véanse, por ejemplo, Rapaport (1960), Waelder (1960), Arlow - Brenner (1964), Fine - Moore (1967), Fine (1975), Klein (1976), Wolstein (1977)... (a los que habría que añadir el *Hampsted Psychoanalytic Index*, de Sandler (1965), y el *Diccionario de Psicoanálisis*, de Laplanche - Pontalis (1972), textos de obligada consulta). Pero el tratamiento «sistemático» no sustituye al «histórico». Por lo que se refiere a los estudios específicamente históricos, se observa asimismo una notable preferencia por los estudios biográficos, en detrimento de los de orientación temática (véanse los textos citados en el enfoque «analítico-biográfico»).

Con la destacada excepción de R. Fine (1964, 1973, 1979) —que siempre ha sido sensible a esta importante laguna histórica (su última obra, 1979, quizá más informativa y descriptiva que explicativa, ofrece una de las más completas revisiones históricas de las principales áreas temáticas abordadas por el psico-

análisis)—, complementada por algún artículo aislado (Gaskill, 1976; Steele-Jacobson, 1978), la historia temático-teórica del psicoanálisis brilla por su ausencia y sigue siendo una tarea por hacer.

Por lo demás, la literatura psicoanalítica ofrece, en el mejor de los casos, tratamientos históricos de algunos temas teóricos aislados, en los que con frecuencia el énfasis «histórico» queda suplantado por el énfasis «sistemático». Así, por ejemplo, pueden citarse las revisiones históricas de la neurosis (Shapiro, 1975), de la histeria (Veith, 1965), de la latencia (Sarnoff, 1976), del superyó (Sandler, 1960), del proceso primario (Noy, 1969), de la metapsicología en general (Rapaport-Grill, 1959; Meissner, 1976; Wolstein, 1977), de la personalidad (Blum, 1966), de los sueños (Hall, 1966; Witkins - Lewis, 1967; Frosch, 1976; Garma, 1979), de los instintos (Brunswick, 1954), de la agresión (Brenner, 1971), de la represión (Brenner, 1957), de la identificación (Koff, 1961), de la libido (Brenner, 1956; Nagerer, 1978), de las técnicas terapéuticas (Eissler, 1963; Ehrenwald, 1976; Bergmann-Hartmann, 1977), etc... Como se ha señalado hace un momento, la necesidad de reordenar históricamente las conclusiones de estos trabajos, de establecer sus mutuas interrelaciones y de enriquecerlos con las tesis históricas procedentes de los otros tratamientos, aún no ha sido satisfecha.

Ya en el enfoque «institucional-profesional» se aludió al estudio de las diferentes escuelas e instituciones que configuran la compleja geografía psicoanalítica. Si allí el interés fue de índole institucional, aquí el análisis de las mismas debe centrarse en el estudio de sus relaciones teóricas (Munroe, 1955; Alexander, 1961; Alexander y otros, 1965; Wyss, 1966; Fages, 1976; D'Amore, 1978...).

Finalmente —y a modo de conclusión—, conviene salir al paso de posibles equívocos suscitados a través de la lectura de este trabajo. En ningún caso

se pretende postular la existencia de «varias» historias del psicoanálisis. La historia del psicoanálisis es «una» y «única» (como «únicos» son los hechos históricos que justifican la razón de ser de aquélla). El establecimiento de diversos tratamientos o enfoques históricos —supuesta su relativa autonomía— no implica como consecuencia que a cada uno de ellos le corresponda un discurso histórico diferente; únicamente pone de relieve el carácter pluridimensional de la determinación que sufren los hechos históricos. Las teorías psicoanalíticas, en cuanto hechos históricos, son, igual que

éstos, efecto de numerosos factores. Las ciencias históricas no renuncian al original modelo de explicación científica de la realidad mediante el establecimiento de relaciones «causa-efecto»; pero sí señalan la inadecuación de la variante «unidimensional» de dicho modelo (quizá válida para otras ciencias) en el caso concreto de su objeto de conocimiento —los hechos históricos.

En definitiva, se trata de construir una sola historia del psicoanálisis, capaz de descifrar las múltiples causas concurrentes que hicieron posible su emergencia histórica y su ulterior desarrollo.

Referencias

- ABRAHAM, H., y FREUD, E., *A psychoanalytic dialogue: letters of Sigmund Freud and Karl Abraham*, Nueva York, Basic Books, 1966.
- ABRAHAM, K., *Psychanalyse et culture*, París, Payot, 1968.
- ADORNO, T., y DIRKS, W., *Freud en la actualidad*, Barcelona, Barral, 1971.
- ALEXANDER, F., *The scope of psychoanalysis*, Nueva York, Basic Books, 1965.
- ALTHUSSER, L., *Freud y Lacan*, Barcelona, Anagrama, 1973.
- ANZIEU, D., *L'auto-analyse de Freud et la decouverte de la psychanalyse*, París, P.U.F., 1975.
- ALEXANDER, F., et al., *Psychoanalytic pioneers*, Nueva York, Basic Books, 1966.
- ARLOW, J., «Ten years of COPE: perspectives in psychoanalytic education», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1972, 20, pp. 556-566.
- ARLOW, J., y BRENNER, C., *Psychoanalytic concepts and the structural theory*, Nueva York, International University Press, 1964.
- BAKAN, D., *Sigmund Freud and the jewish mystical tradition*, Princeton, Van Nostrand, 1958.
- BARANDE, R., et al., *Education et psychanalyse*, París, Hachette, 1973.
- BERGMANN, M., y HARTMANN, F., *The evolution of psychoanalytic technique*, Nueva York, Basic Books, 1977.
- BIBRING, E., «The so-called english school of psychoanalysis», *Psychoanalytic & Quarterly*, 1953, 16, pp. 69-93.
- BLUM, G., *Teorías psicoanalíticas de la personalidad*, Buenos Aires, Paidós, 1966.
- BRAUNSTEIN, N. y otros, *Psicología: ideología y ciencia*, México, Siglo XXI, 1976.
- BRENNER, C., «The nature and development of the concept of repression in Freud's writings», *Psychoanalytic Study of the Child*, 1957, 12, pp. 19-46.
- BRENNER, C., «Reevaluation of the libido theory», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1956, 4, pp. 162-169.
- BRENNER, C., «The psychoanalytic concept of aggression», *International Journal of Psychoanalysis*, 1971, 52, pp. 137-144.
- BROWN, J., *Freud y los postfreudianos*, Buenos Aires, Fabril, 1963.
- BRUNSWICK, D., «A revision of the classification of instincts or drives», *International Journal of Psychoanalysis*, 1954, 35, pp. 224-228.
- CAPARRÓS, A., «Apuntes históricos al freudo-marxismo», *Anuario de Psicología*, 1975, 13, páginas 5-35.
- CAPARRÓS, A., «Neoconductismo y psicoanálisis: sentido de una aproximación y de una crisis», *Anuario de Psicología*, 1977, 17, pp. 56-86.
- CAPARRÓS, A., *Introducción histórica a la psicología contemporánea*, Barcelona, Rol, 1979.
- CARLSON, E., y QUEN, J., *American psychoanalysis: origins and development*, Nueva York, Brunner/Mazel, 1978.
- CASTILLA DEL PINO, C., *Psiconálisis y marxismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1971.

- CERIOTTO, C., *Fenomenología y psicoanálisis*, Buenos Aires, Troquel, 1969.
- CLANCIER, A., *Psicoanálisis, literatura, crítica*, Madrid, Cátedra, 1976.
- CLARK R., *Freud: the man and the cause*, Londres, Jonathan Cape, 1980.
- COLTRERA, J., «Psychoanalysis and existentialism», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1962, 10, pp. 166-215.
- CRANFIELD, «The organic physics of 1847 and the biophysics of today», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, 1957, 12, pp. 407-423.
- DAHL, H., «A quantitative study of a psychoanalysis», *Psychoanalysis and Contemporary Science*, 1972, 1, pp. 237-257.
- D'AMORE, A., *Historical reflections on psychoanalysis: 1920-1970. The organizational history of psychoanalysis in America*, Nueva York, Brunner/Mazel, 1978.
- DECKER, H., *Freud in Germany: revolution and reaction in science, 1893-1907*, Nueva York, International University Press, 1977.
- DECKER, H., *Freud in Germany*, Nueva York, International University Press, 1978.
- DOLLARD, J., y MILLER, N. et al., *Frustration and aggression*, New Haven, Yale University Press, 1939.
- EHRENWALD, J., *The history of psychotherapy*, Nueva York, Jason Aronson, 1976.
- EISSLER, K., *Notes on the psychoanalytic concept of cure*, *Psychoanalytic Study of the Child*, 1963, 18, pp. 424-463.
- EYSENCK, H., *The effects of psychotherapy*, Nueva York, International Sciences Press, 1966.
- EYSENCK, H., «The experimental study of freudian concepts» *Bulletin of British Psychological Society*, 1972, 25, pp. 261-274.
- EYSENCK, H., y GLENN, D., *El estudio experimental de las teorías freudianas*, Madrid, Alianza Universidad, 1980.
- FAGES, J., *Histoire de la psychanalyse après Freud*, Toulouse, Privat, 1976.
- FARRELL, B., «Can psychoanalysis be refuted?», *Inquiry*, 1976, 4, pp. 16-36.
- FEIGL, H., *The foundations of sciences and the concepts of psychology and psychoanalysis*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1976.
- FICHANT, M., y PECHUS, M. (1968), *Sobre la historia de las ciencias*, México, Siglo XXI, 1978, 3.ª ed.
- FINE, B., y MOORE, B., *A glossary of psychoanalytic terms and concepts*, Nueva York, American Psychoanalytic Association, 1967.
- FINE, R., *Freud: a critical reevaluation of their theories*, Nueva York, Dand Mckay, 1964.
- FINE, R., *The development of Freud's thought*, Nueva York, Jason Aronson, 1973.
- FINE, R., *Psychoanalytic psychology*, Nueva York, Jason Aronson, 1975.
- FINE, R., *A history of psychoanalysis*, Nueva York, Columbia University Press, 1979.
- FISHER, S., y GREENBERG, R.; *The scientific credibility of Freud's theories and therapy*, Nueva York, Basic Books, 1977.
- FREEMAN, L., *La historia del psicoanálisis*, México, Diana, 1963.
- FREUD, A., *Introducción al psicoanálisis para educadores*, Buenos Aires, Paidós, 1966.
- FREUD, S., *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968.
- FREUD, S., *The origins of psychoanalysis: letters to Fliess*, Nueva York, Basic Books, 1954.
- FREUD, S., *Correspondencia Freud-Zweig*, Buenos Aires, Granica, 1974.
- FREUD, S., y ANDREAS SALOMÉ, L., *Letters*, Nueva York, Harcourt, 1972.
- FREUD, S., y JUNG, C., *Letters*, Princeton University Press, 1974.
- FREUD, S., y PFISTER, O., *Psychoanalysis and faith: the letters of Sigmund Freud and Oskar Pfister*, Nueva York, Basic Books, 1963.
- FROCH, J., «Psychoanalytical contributions to the relationship between dreams and psychosis: a critical survey», *International Journal of Psychoanalytic Psychotherapy*, 1976, 5, pp. 39-64.
- FROMM, E., *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, México, F.C.E., 1966.
- FROMM, E., *Ética y psicoanálisis*, México, F.C.E., 1963.
- GARMA, A., *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*, Buenos Aires, Paidós, 1979.
- GASKILL, H., «An assessment of psychoanalysis as viewed from within», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1976, 24, pp. 553-558.
- GITELSON, M., «On the identity crisis in american psychoanalysis», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1964, 12, pp. 451-476.
- GLOVER, E., «Psychoanalysis in England», en Alexander, F. et al., *Psychoanalytic pioneers*, 1966.
- GOLDENSOHN, S., «Evaluation of psychoanalytic training», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 1977, 5, pp. 57-64.
- GOODMAN, S., *Psychoanalytic education and research*, Nueva York, International University Press, 1977.
- GRINSTEIN, A., *The index of psychoanalytic writings*, 14 vols., Nueva York, International University Press, 1971.
- GRODECK, G., *Estudios psicoanalíticos sobre arte y literatura*, Caracas, Monte Avila, 1975.

- HALE, N., *Freud and the americans: the begginins of psychoanalysis in the United States, 1876-1917*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.
- HALL, C., *The meaning of dreams*, Nueva York, Mac-Graw-Hill, 1966.
- HARTMAN, H., «Psychoanalysis as a scientific theory», en Mujeer-Ur-Rahaman: *The freudian paradigm*, 1964.
- HENDRICK, I., *Facts and theories of psychoanalysis*, Nueva York, Dell Publishing Co, 1966.
- HENRY, W., *The public and private lives of psychotherapists*, San Francisco, Jossey Bass, 1973.
- HENRY, W. et al., *The fifth profession*, San Francisco, Jossey Bass, 1971.
- HILGARD, E., «The scientific status of psychoanalysis», en Mujeer-Ur-Rahaman: *The freudian paradigm*, 1962.
- HOLLAND, N., *Psychoanalysis and Shakespeare*, Nueva York, McGraw-Hill, 1966.
- HOOK, S., *Psychoanalysis scientific method and philosophy*, Nueva York, Academic Press, 1959.
- HORNSTEIN, B., *Teoría de las ideologías y psicoanálisis*, Buenos Aires, Kargieman, 1973.
- HORWITZ, L., *Clinical prediction in psychotherapy*, Nueva York, Jason Aronson, 1974.
- JACKSON, S., «Aspects of culture in psychoanalytic theory and practice», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1968, 16, pp. 651-670.
- JONES, E., *The life and work of Sigmund Freud*, Nueva York, Basic Books, 3 vols., 1953-57.
- KLEIN, G., *Psychoanalytic theory*, Nueva York, International University Press, 1976.
- KLIGERMAN, C., «The dream of Charles Dickens», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1970, 18, pp. 783-799.
- KLINE, P., *Facts and fantasy in freudian theory*, Londres, Methuen, 1972.
- KOFF, R., «A definition of identification: a review of the literature», *International Journal of Psychoanalysis*, 1961, 42, pp. 362-370.
- KOLTENIUK-KRAUZE, M., *El carácter científico del psicoanálisis*, México, F.C.E., 1976.
- KRIS, E., *Psicoanálisis del arte y del artista*, Buenos Aires, Paidós, 1964.
- KUHN, T., «Logic of discovery of psychology of research?», en LAKATOS, I., y MUSGRAVE, A., *Criticism and the growth of knowledge*, Cambridge University Press, 1970.
- KUIPER, P., *El psicoanálisis. Examen crítico de su vigencia*, Barcelona, Herder, 1979.
- LABARRE, W., «Psychoanalysis in anthropology», *Science and Psychoanalysis*, 1961, 4, pp. 10-20.
- LACAN, J., «La science et la vérité», *Cahiers pour l'analyse*, 1966, 2, pp. 76-91.
- LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J., *Diccionario de psicoanálisis*, Madrid, Labor, 1972.
- LEAHEY, T., *A history of psychology*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1980.
- LEGRAND, M., «Le statut scientifique de la psychanalyse», *Topique*, 1972, 11-12, pp. 237-258.
- LEVENSON, E., Two essays in psychoanalytic psychology: II General Systems Theory: model or middle?, *Contemporary Psychoanalysis*, 1978, 14, pp. 18-30.
- LEVENSON, E., *Réquiem por el psicoanálisis*, Barcelona, Kairós, 1974.
- LEVY-VALENSY, E., *El psicoanálisis, perspectivas y riesgos*, Madrid, Marova, 1973.
- LIBERMAN, D., «Changes in theory and practice of psychoanalysis», *International Journal of Psychoanalysis*, 1976, 57, pp. 101-107.
- LIFSCHUTZ, «A critique of reporting and assessment in the training analysis», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1976, 24, pp. 43-60.
- LIOWITZ, B., «The influence of linguistic theory on psychoanalysis; a critical, historical survey», *International Review of Psychoanalysis*, 1977, 4, pp. 419-448.
- MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Barcelona, Barral, 1968.
- MASLING, T., y SCHWARTZ, M., «A critique of research in psychoanalytic theory», *Genetic Psychology Monographs*, 1979, 100, pp. 257-307.
- MCLAUGHLIN, J., «The nonreporting training analyst, the analysis and the institute», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1973, 21, pp. 697-712.
- MEISSNER, W., «New horizons in metapsychology», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1976, 24, pp. 161-180.
- MUJEEER-UR-RAHAMAN, *The freudian paradigm*, Chicago, Nelson-Hall, 1977.
- MUNROE, R., *Schools of psychoanalytic thought: an exposition, critique and attempt at integration*, Nueva York, Dryden Press, 1955.
- MURPHY, G., «The current impact of Freud upon psychology», *American Psychologist*, 1956, 11, pp. 663-672.
- NÁGERA, H., *Desarrollo de la teoría de la libido en la obra de Freud*, Buenos Aires, Hormé, 1978.
- NASSIF, J., «Freud et la science», *Cahiers pour l'analyse*, 1968, 9, pp. 147-167.
- NOY, P., «A revision of the psychoanalytic theory of the primary process», *International Journal of Psychoanalysis*, 1969, 50, pp. 155-178.
- OBENDORF, C., *A history of psychoanalysis in America*, Nueva York, Grune and Stratton, 1953.
- OSBORN, R., *Marxismo y psicoanálisis*, Barcelona, Península, 1969.
- PARSONS, T., «The contribution of psychoanalysis to social sciences», *Science and Psychoanalysis*, 1961, 4, pp. 28-38.

- PETERS, R., «Immortality and the artist», *Psychoanalysis and the Psychoanalytic Review*, 1961, 48, pp. 126-137.
- PHILIPS, W., *Art and psychoanalysis*, Nueva York, Criterion Books, 1957.
- POLLOCK, G., «Ten years of COPE: perspectives in psychoanalytic education», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1972, 20, pp. 574-590.
- POPPER, K., *Conjectures and refutations*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972.
- PUTNAM, J., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis: letters*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 1971.
- RACHMAN, S., *Ensayos críticos al psicoanálisis*, Madrid, Taller de Ediciones JB, 1972.
- RAPAPORT, D., *The structure of psychoanalytic theory*, Nueva York, International University Press, 1960.
- RAPAPORT, D., y SHAKOW, D., *The influence of Freud in american psychology*, Nueva York, University Press, 1964.
- RAPAPORT, D., y GILL, M., «The points of view and assumptions of metapsychology», *International Journal of Psychoanalysis*, 1959, 40, pp. 153-162.
- REICH, W., *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- REIFF, P., *Freud: the mind of the moralist*, Nueva York, Viking, 1959.
- REIK, T., *Treinta años con Freud*, Buenos Aires, Hormé, 1965.
- RICŒUR, P., *Freud and philosophy*, New Haven, Yale Univ. Press, 1970.
- RICŒUR, P., «The question of proof in Freud's psychoanalytic writings», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1977, 25, pp. 835-871.
- RITVO, S., «Psychoanalysis as science and profession», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1971, 19, pp. 3-25.
- ROAZEN, P., *Freud. Su pensamiento político y social*, Barcelona, Martínez Roca, 1972.
- ROAZEN, P., *Hermano animal*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- ROAZEN, P., *Freud y sus discípulos*, Madrid, Alianza Universidad, 1978.
- ROBERT, M., *La revolución psicoanalítica*, México, F.C.E., 2.ª ed., 1978.
- ROHEIM, G., *Psychoanalysis and anthropology*, Nueva York, International University Press, 1950.
- ROZITCHNER, L., *Freud y los límites del individualismo burgués*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- RUITENBECK, H., *Psicoanálisis y filosofía existencial*, Buenos Aires, Paidós, 1965.
- RUITENBECK, H., *Psicoanálisis y ciencias sociales*, México, F.C.E., 1973.
- RUITENBECK, H., *Psicoanálisis y literatura*, México, F.C.E., 1975.
- SAFOUAN, M., *Le structuralisme en psychanalyse*, París, du Seuil, 1968.
- SANDLER, J., «On the concepto of superego», *Psychoanalytic Study of the Child*, 1960, 15, pp. 128-162.
- SARNOFF, C., *The Hampstead psychoanalytic index*, Nueva York, International University Press, 1965.
- SCHUR, M., *Freud: living and dying*, Nueva York, International University Press, 1972.
- SEARS, R., *Survey of objective studies of psychoanalytic concepts*, Michigan, Edward Bros, 1951.
- SHAKOW, D., «Psychoanalysis and american psychology», en MUJEER-UP-RAHAMAN, *The freudian paradigm*, 1969.
- SHAKOW, D., *Psicoanálisis y psicología contemporánea. La influencia freudiana*, Buenos Aires, Paidós, 1976.
- SHAPIO, T., «Childhood neurosis: the past 75 years», *Psychoanalysis and Contemporary Science*, 1975, 4, pp. 453-477.
- SHAPIO, T., y SACHS, «On parallel processes in therapy and teaching», *Psychoanalytic Quarterly*, 1976, 45, pp. 394-415.
- SHERWOOD, M., *The logic of explanation in psychoanalysis*, Nueva York, Grove Press, 1969.
- SILVERMAN, L., «An experimental approach to the study of dynamic propositions in psychoanalysis», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1967, 15, pp. 376-403.
- SILVERMAN, L., «Further experimental studies», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1970, 18, pp. 102-104.
- SKINNER, B., «Critique of psychoanalytic concepts and theories», en FEIGL, H., *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. 1, University of Minnesota Press, 1956.
- SPIEGEL, R., et al., «On psychoanalysis in the Third Reich», *Contemporary Psychoanalysis*, 1975, 11, pp. 477-510.
- STEELE, R., y JACOBSEN, P., «From present to past: the development of freudian theory», *International Review of Psychoanalysis*, 1978, 5, pp. 393-411.
- STEINER, H., «Freud against himself», *Perspectives in Biology and Medicine*, 1977, 20, páginas 510-527.
- THOMA, H., «Some remarks on psychoanalysis in Germany, past and present», *International Journal of Psychoanalysis*, 1979, 50, pp. 683-692.
- THOMPSON, C., *Psychoanalysis: its evolution and development*, Nueva York, Hermitage House, 1950.

- TORT, M., *El psicoanálisis en el materialismo dialéctico*, Buenos Aires, Noé, 1973.
- TOULMIN, S., *Human understanding*, Princeton University Press, 1972.
- TURKLE, S., *Psychoanalytic Politics*, Nueva York, Basic Books, 1978.
- VARIOS, *Estructuralismo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.
- VARIOS, *Psicoanálisis y filosofía existencial*, Madrid, Gredos, 1972.
- VEITH, I., *Hysteria: the history of a disease*, Chicago, University of Chicago Press, 1965.
- WADESON, R., «Psychoanalysis in community psychiatry», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1975, 23, pp. 177-189.
- WAELDER, R., *The basic theory of psychoanalysis*, Nueva York, International University Press, 1960.
- WALLERSTEIN, R., y SMELSER, N., «Psychoanalysis and sociology», *International Journal of Psychoanalysis*, 1969, 50, pp. 693-710.
- WITKIN, H., y LEWIS, H., *Experimental studies of dreaming*, Nueva York, Random House, 1967.
- WOLFF, P., *The developmental psychologies of Jean Piaget and Psychoanalysis*, Nueva York, International University Press, 1960.
- WOLHEIM, R., *Philosophers on Freud*, Nueva York, Jason Aronson, 1971.
- WOLSTEIN, B., «The structure of psychoanalytic inquiry: some aspects of the relation between psychology and metapsychology», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 1977, 5, pp. 125-145.
- WYSS, D., *Depth psychology: a critical history: development, problems, crises*, Nueva York, Norton, 1966.
- WYSS, D., *Marx y Freud. Su relación con la antropología moderna*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1971.
- ZIZIEMSKY, D., *Métodos de investigación en psicología y psicopatología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971.